

Camiones recolectores de basura, influjos de coke, gbh y crack sandieguino en la principal arteria. “Votamos por el futuro y nadie nos escuchó”, “HEM”, “Mucha policía, poca diversión”, “Viva Cristo Rey” son sólo placazos en las paredes de la city, gritos que todos ven pero que nadie escucha.

Mi city es un punto libre y un aparte sin censura, un rincón lleno de contrastes y esperanzas, mosaico de posibilidades y frente en alto; es un desfile de marcas no registradas y logos de neón, de cadenas y franquicias; de personas y sentidos en dolby stereo, de lucha y de intentos, de sueños en technicolor y realidades cotidianas. Como diría un home-boy de la Liber: We’re very proud to live here en la city fronteriza más visitada del mundo. Do you understand that, ese? Si no, fuck off.

REGINA SWAIN
(Monterrey, Nuevo León, 1967)

Fiel a una generación (la “X”), Regina Swain, quien radicó en Ensenada, Baja California, durante mucho tiempo, se adentra en los mundos desenfadados de finales del siglo xx, en su único libro de cuentos, *La Señorita Superman y otras danzas* (México, CNCA, 1993). Sin formalismos, juguetonamente, sus relatos vislumbran el amor, la frontera Tijuana-San Diego, lo instantáneo del acontecer y la influencia de la cultura del consumo, la televisión y el cine. “El diablo también baila en el Aloha” (pp. 21-25) es un texto en el que el ritmo se convierte en el pretexto para narrar un momento, en uno de los tantos espacios nocturnos que se encuentran en la frontera. Swain también ha publicado la novela *Nadie, ni siquiera la lluvia* (1995), y el libro *Ensayos de juguete* (1999), básico para acercarse a las ideas literarias de la autora.

EL DIABLO TAMBIÉN BAILA EN EL ALOHA

Ocurre que la doncella,
y eso era secreto de ella,
tenía también sus caprichos

CHICO BUARQUE

FIEBRE DEL SÁBADO EN LA NOCHE.

La ciudad sigue siendo la misma, no importa cuánto llueva o cuánto se vaya en los deslaves. La Frontera sigue siendo la misma: Zona Libre desde que era sólo una pequeña isla llamada California.

Los bares, que siguen siendo los mismos, se visten de colores para atraer a los incautos.

Es Semana Santa.

En el Aloha, las luces le pintan el pelo a las mujeres, “pura sabrosura y puro vacilón” baila la negra Angustias balanceando las caderas peligrosamente; el vientre, protuberante, se confunde al compás de uno dos tres, vuelta y a un lado. No hay nada mejor que bailar abrazaditos, cuerpo contra cuerpo, piel negra sobre piel morena.

Las lámparas son globos multiformes suspendidos entre humo sabor a fruta artificial; ahí, donde todo es posible, los colores toman forma y se solidifican.

“Somos dos niños discutiendo sin razón”, canta la güera Yuri desde las bocinas, mientras las niñas Clairol son estrellas por una noche. Medias sobre medias, ¡tantas fajas!, los escotes, tristes, son una boca abierta y vacía.

Hombres-lobo afilan sus colmillos en la barra, con dos o tres cervezas, mientras la negra Angustias, rotunda, gira y gira sobre su eje, contoneando su enorme trasero.

En una esquina con cara de aburrída, una jovencita rechaza invitaciones a bailar con gesto de niña desobediente. Nadie es como ella, la de blanco, olor a recién bañada y pelo largo —cortina sujeta a dos peinetas—: ha salido de su casa sin pedir permiso y ahora sus pechos —diminutos— se delinearán a través de ese mar blanco que es su ropa, delatándola.

Nadie le llena el ojo, con nadie baila, y cuentan sus amigas que le ha rezado a los santos para que le manden un hombre guapo, jurando bailar con él aunque sea el mismísimo demonio.

“San Heriberto, que no sea tuerto...”, un tipo alto, pelo güero-ojos azules atraviesa la puerta con todo y un par de mancuernillas al estilo James Bond. Es el Diablo Jiménez, judicial respetable, hombre de ley al servicio del pueblo.

(Cierto, cierto, Jiménez es un diablo muy de fábula, metafórico, pero un diablo al fin).

“San Sebastián, que sea galán...”, docenas de ojos femeninos observan de arriba abajo al recién llegado.

“San Saturnino, que sea muy fino...”, Jiménez se acomoda la corbata y recorre el bar con desdén estudiado. La joven de la esquina, aburrída, se acomoda las pestañas; el Diablo, muy James Bond, muy Jiménez, se aproxima.

“Santa Silvana, que tenga lana...”, el guapo de las mancuernillas pide un *whiskey straight*, etiqueta roja y se lo bebe de un tiro.

“San Neftalí, que se fije en mí...”, el Diablo la observa y el tiempo se detiene un momento, como juguete sin cuerda (chis-

tosa se ve la negra Angustias detenida en medio de una complicada pirueta).

“San Clodomiro, que baile conmigo...”, la joven no pierde la compostura ni en los pasos más violentos, gargantilla y aretes, suéter coqueto resbalando sobre hombro izquierdo, gira y gira alrededor del diablo metafórico que baila en su lugar con pasos chiquititos.

Jiménez no es un diablo feliz, dejó de serlo cuando la Iglesia Católica advirtió a sus compañeros de escuela que “con el diablo NO se juega”, es por eso que ahora vaga de bar en bar, de fiesta en fiesta, buscando recuperar su niñez perdida; es por eso que frunce el entrecejo en un gesto que a la joven de la esquina aburrída le parece encantador.

“Encantador...” canta una voz melosa mientras las parejas, apretadas, bailan sobre la pista, y es que no hay nada mejor que bailar abrazaditos... si no fuera por esa luz... luz... ¡luuuuzz!...

El Aloha se ha quedado a oscuras y los de seguridad —grandotes y bigotones— se mueven apresurados: nadie debe salir sin pagar, nadie debe aprovechar el pánico, nadie debe... pero en cuestión de segundos todo vuelve a la normalidad, todo menos...

La joven del vestido blanco se encuentra tirada en el suelo con todo y peinetas, no hay rastros del Diablo Jiménez, que parece haber partido sin pagar la cuenta y el humo con sabor artificial ha sido sustituido por un desagradable olor a azufre y piel quemada. La muchacha solloza sobre el parquet de la pista y se lleva la mano a las nalgas; sus amigas, que han acudido a ver qué sucede, se horrorizan: ahí donde la mano del Diablo guapo se posaba hace unos minutos, hay una mancha de vestido chamuscado. “San Ignacio, qué ardiente el muchacho...”

Se escucha una patrulla en medio del pánico general. La del vestido blanco y sus amigas huyen, llorosas, jurando no volver a salir sin pedir permiso.

La Frontera sigue siendo la misma.

En el Aloha, las luces le pintan el cabello a los turistas que observan asombrados la mancha negra que el diablo dejó sobre la pista de baile. Un voceador anuncia desde la entrada:

Pásele, pásele, amigo, tenemos pelos del diablo, azufre infernal para lavar sus baños, pásele, amigo, aquí merito es donde baila el diablo.

PEDRO DE ISLA
(Monterrey, Nuevo León, 1966)

Los batichicos (1998) y *Todo hombre es como la luna* (2001) son los libros de cuentos publicados por este autor regiomontano. En ambos, la monotonía de la vida cotidiana, el ambiente urbano de la ciudad industrializada, el universo amoroso de una clase media sin posibilidades, se filtran en esta literatura. El cuento seleccionado, "Carta astral", pertenece al primer libro (Tijuana, B. C., Yoremito: pp. 61-77). Con detalle, el narrador sumerge al lector en las acciones y pensamientos del protagonista; existe cierto suspenso que se desvanece con tino en el giro sorpresivo del final, todo ello con un andamiaje estructural en el que la intromisión de voces y el *flash back* redondean la historia.